

á Mirabeau, diciendo «que estaban allí por voluntad del pueblo, y que sólo las bayonetas les arrancarían de su sitio.» No fueron necesarias las bayonetas. Por la noche se apoderó del local ó palacio del

Cuerpo legislativo el prefecto de policía Decazes, y como al día siguiente sus esbirros no dejaron entrar á nadie, la Cámara se dió por disuelta.

Luis XVIII regresó á París el día 8 de Julio. El



Estatua de Blücher.—Berlín

recibimiento que esta vez le hizo la ciudad fué mucho más frío y triste que el anterior. En cambio los realistas estuvieron más impúdicos y provocativos; el susto de los cien días les tenía sedientos de sangre.

Sin embargo, como dice Martín, «Luis XVIII era

sobrado indiferente y demasiado amigo del reposo, para ser vengativo, y así regresaba con disposiciones moderadas; Talleyrand y Fouché tenían interés en que no hubiera reacción, y los otros ministros, el barón Louis, el señor Pasquier y el mariscal Gouvion-Saint-Cyr, elegido por el rey porque no se ha-

bía unido á Napoleon durante los cien días, eran por carácter y por convencimiento, opuestos á todos los excesos.»

¿Dominaría el gobierno la situación?

Imposible parecía á todos. Blücher mismo contribuía poderosísimamente á mantener un estado de irritación intolerable. A su exigencia de que se le dieran cien millones, unió su empeño en querer destruir á toda costa el puente de Jena. En vano solicitó Luis XVIII la gracia del puente, Blücher no la concedió, pero más clementes los hornillos de mina, que sus ingenieros habían abierto en las pilas del puente, al estallar causaron poco daño, y el puente

quedó en pié. Como al otro día llegaron los soberanos aliados, Alejandro siempre noble y humanitario impidió al furioso Blücher su estúpida venganza.

Estos atentados contra las glorias de Francia, unidos á las declamaciones furiosas de los realistas contra el ejército, hacían temer un levantamiento en masa del ejército y el pueblo, y Clausel que mandaba en Burdeos llegó á proponérselo á Davout, pero este general no sintió nunca vocación por los primeros papeles, y por lo contrario indujo á sus tropas á que se sometieran al rey y recibieran de nuevo la bandera blanca.—13 de Julio.—Tres días después, Gouvion Saint-Cyr licenciaba el ejército



Napoleon en la Malmaison

Macdonald que había reemplazado á Davout fué el encargado de ejecutar la orden del ministro de la Guerra.

Desde este momento el espíritu reaccionario se sintió libre, y las venganzas principiaron en todas partes. En el Mediodía, como en los días de la primera restauración, los asesinatos é incendios comenzaron ya desde el día 17 de Julio con una ferocidad digna de los días del Terror. La más ilustre víctima fué el mariscal Brune, quien, sin embargo, tan pronto supo la llegada del rey Luis XVIII á París, hizo que su pequeño ejército reconociera á los borbones, y como viera peligroso llegar á Italia por tierra, á donde había pensado retirarse, pidió á lord Exmouth, que mandaba la escuadra que bloqueaba á Tolon, si le permitiría embarcarse, á lo que contestó el indigno marino con una carta llena de injurias que han hecho para siempre jamás execrable su nombre.

Brune como quien nada tenía que temer de la

gente del Mediodía á la que no había hecho ningún mal, ya no pensó en abandonar á Francia, y se marchó á Avignon, al foco del terror blanco. Apenas se divulgó su estancia en la ciudad, el populacho se lanzó á la calle con la firme decisión de asesinarle, pues se le acusaba de haber sido él uno de los asesinos de la Lamballe: sitiado en su casa, las autoridades fueron impotentes para salvarle, por carecer de tropas, y el bravo mariscal fué asesinado en su aposento, de donde le sacó á poco la vil multitud arrastrando su cadáver al Rhódano para que le diera sepultura.

Pocos días después, Ramel, el antiguo comandante de la guardia de los dos Consejos á quienes defendió contra el Directorio, y ahora comandante de Tolosa por el rey, fué también asesinado por haber querido poner término á crímenes que impunes dejaban las autoridades civiles, Villele, en su jurisdicción militar.

Al mismo tiempo los tribunales principiaban á buscar á los cómplices del 20 de Marzo, porque el

rey lo mismo que los aliados estaban bien convencidos de que la restauración napoleónica había sido la obra de una gran conspiración, y no el efecto de la desesperación patriótica y liberal de Francia.

La ordenanza real de 24 de Julio mandaba que fueran pasados por Consejo de guerra cincuenta y cuatro imperialistas, entre los cuales se contaban Ney, La Bedoyere, los dos Lallemand, Drouet d'Er-lon, Lefebvre-Desnonettes, Grouchy, Clausel, Bertrand, Drouot, Cambronne, Lavalette, etc. Esta lista la formó Fouché. Los que cayeron en manos de la policía borbónica fueron todos sacrificados; La Bedoyere fué fusilado; Ney lo fué también el 7 de Diciembre, y Lavalette, debió su vida al arrojamiento de su mujer que le arrancó de la capilla dándole sus vestidos. En provincias pasaba lo mismo. Los dos hermanos gemelos Faucher fueron pasados por las armas sin darles siquiera un defensor, verdad es que no había por que formarles causa, pues aún cuando antiguos patriotas, sin haberse manchado con ninguno de los crímenes de la revolución, y aún cuando el imperio no les contó tampoco entre sus partidarios, su entusiasmo patriótico de los últimos días, y haber destrozado un grupo de soldados la bandera blanca que los Faucher habían izado días antes, siguiendo el ejemplo de sus compañeros de armas, fué suficiente motivo para su sacrificio.

De todos estos inútiles sacrificios de vidas de hombres ilustres, dicho se está que ninguno causó mayor sensación que el del mariscal Ney, cuya defección ó traición á los borbones disculpaba su heroísmo en Waterloo y su franca actitud con el emperador restaurado, pues Ney al regresar á París en 20 de Marzo, le escribió, «que no se había unido á él por consideración alguna personal ni por adhesión á su persona: habéis sido,—le decía, son sus palabras textuales,—el tirano de mi patria; habéis llevado el luto á todas las familias y la desesperación en muchas; habéis turbado la paz del mundo entero; juradme, puesto que la suerte os vuelve á traer, que en lo futuro no os ocuparéis mas que en reparar los males que habéis causado á Francia, juradme que haréis la felicidad del pueblo. Yo os suplico que no toméis las armas mas que para defender y mantener nuestras fronteras, que no traspasaréis jamás para intentar inútiles y lejanas conquistas; con estas condiciones me someto á vos para librar á mi patria del desgarramiento que la amenaza.» Esta carta fué causa de que Napoleon le tuviera como hemos dicho separado de su ejército, llamándole solo en el momento decisivo.

Quien así escribía al hombre á quien había llevado

con su ejército á París, merece ciertamente grandes disculpas. Ney era un hombre de corazón y nada más. No era un carácter, no, era un político. Esto debían tener presente los que creían que su muerte podía ser una lección dada al ejército.

Ney escapó de París el mismo día de la entrada de los aliados, y de uno á otro punto fué á parar en casa de un pariente suyo en Bessonis, en el Lot. Pero Ney había cometido la imprudencia al escapar de llevarse consigo un sable turco preciosísimo que le había regalado Napoleon al casarse el mariscal en 1802. Este sable, por distracción, se le dejó abandonado en Bessonis sobre un sillón por largo tiempo, hasta llamar un día la atención de un visitante de aquella posesión que luego lo contó á la gente del pueblo, y como alguien dijera que un sable así sólo podía pertenecer á Murat ó á Ney, llegó lo dicho á oídos del prefecto Locard, quien lleno de celo mandó la gendarmería á Bessonis, que sin dificultad alguna puso preso al mariscal, pues á la sazón estaba Ney fuera de sí, por haber dicho los diarios de él que su traición había sido tanto más infame, por cuanto pocos días antes, Luis XVIII le había regalado cien mil duros. Para vengar su honor de esta infamia se entregó el mariscal cuando tan fácil tenía el poder escapar, sin pensar que lo que hacía era entregarse á la muerte, marchando á su encuentro, ó á París, el 10 de Agosto custodiado sólo por dos oficiales, que habían servido á sus órdenes, á quienes dió palabra de honor de no escaparse.

Debe aplaudirse que Ney se mantuviera fiel á esta palabra de honor tan á la ligera dada, pero hay que lamentar que Exelmans que con sus dragones se mantenía aún en el campo sin reconocer á los borbones, y ocupaba á Riom por donde pasó el mariscal, respetara el compromiso de honor de éste y no le arrancara á viva fuerza de manos de los gendarmes. Pero Ney se opuso á toda operación de esta clase, y continuó su viaje á París en cuyas cercanías salió á recibirle su esposa con quien pudo hablar por largo tiempo á solas y en la mayor libertad, seguros sus guardianes de que el héroe de cien batallas no había de faltar á su honor por las lágrimas de su esposa.

Ney ingresó en la Conciergerie el día 19 de Agosto, esto es, en el mismo día y en el mismo instante en que salía de la cárcel de la Abadía, el general La Bedoyere para ser fusilado en la llanura de Grenelle, habiendo sido inútiles todos los esfuerzos de Benjamín Constant para salvarle.

Encargáronse de la defensa de Ney, Berryer padre, y Dupin el mayor, á quienes hay que atri-

buir los actos de indignidad que hizo Ney para salvarse, pidiendo perdón y clemencia al rey, hasta que, habiendo comprendido el mariscal que se le deshonoraba delante del mundo y de sus jueces, volvió heroicamente por su dignidad.

Fueron sus jueces los pares, porque el Consejo de guerra que se negó á presidir Moncey y presidió Jourdan, se declaró incompetente con gran disgusto de la Corte que adivinó que el ejército no quería hacerse cómplice del asesinato del mariscal. Los pares fueron, pues, los que le llevaron á la muerte, contándose entre los que votaron para que se le aplicase la última pena, Kellermann el de Valmy, Lauriston, Monnier y el apasionado Chateaubriand.

Ney en sus últimos instantes mostró hasta dónde puede llegar una alma heroica, y este heroísmo, en frente de lo desconocido, echa un velo sobre las debilidades del hombre que no debe ser juzgado mas que como militar.

Su memoria fué rehabilitada por la revolución de 1848 cuyo gobierno provisional mandó levantar, en el mismo sitio en que fué ejecutado, la estatua que recuerda á la posteridad al héroe de Waterloo.

Sin embargo, hay que reconocer que más que la sangre de Ney contribuyó á hacer odiosa la restauración borbónica el martirio de Emilia Luísa de Beauharnais, esposa de Lavalette.

Lavalette supo ganarse en los campos de batalla las simpatías de Bonaparte y de Beauharnais que dieron por resultado su casamiento con Emilia Luísa hija del hermano mayor del primer marido de Josefina. Retirado del ejército, fué durante el imperio ministro de comunicaciones, y á este puesto volvió durante los cien días de la restauración napoleónica.

Pariente Lavalette de Napoleon, creyeron los ultrar que no haría mala figura, entre los generales que se estaban sacrificando, un hombre civil de su importancia, le hicieron prender en consecuencia, y el 21 de Noviembre era condenado á muerte.

Jamás asesinato jurídico alguno se presentó con carácter más odioso y el mismo Luis XVIII no se mostraba dispuesto á tolerar una ejecución, cuyo carácter mezquino y cobarde no podía ocultarse, puesto que no se condenaba á Lavalette mas que por su parentesco con el ex-emperador. Pero los ultrar estaban ahora capitaneados en las Tullerías por la duquesa de Angulema que había dejado de ser sentimental, y la hija de Luis XVI se encargó de impedir que el rey hiciera gracia á Lavalette, á quien el mismo Duque de Richelieu, que tan negra mancha arrojó sobre su historia reclamando del Se-

nado la muerte de Ney, quería salvar á toda costa.

Lavalette iba á ser fusilado el día 21 de Diciembre, cuando su esposa protegida por el mariscal Marmont que cargó con la responsabilidad de faltar á la consigna de palacio, introdujo á Emilia Luísa en una galería, en donde iba á encontrarse con Luis XVIII. Así sucedió, pero Luis iba acompañado de la vengativa Angulema, que no ocultó su enojo á la pobre esposa, bien convencida ya de que su petición de indulto no tendría buena acogida, como así fué.

Emilia resolvió entonces salvar por sí misma á su marido. Púsose de acuerdo con un amigo de la familia Bandus, quien encontró asilo para Lavalette en el mismo ministerio de Estado en donde estaba de jefe de división el antiguo convencional Breson, y esto asegurado, se presentó en compañía de su hija, niña de catorce años y de su aya, en la cárcel en donde Lavalette esperaba la hora de su muerte, para despedirse de su esposo. Entró y el piadoso carcelero no quiso ser testigo de tan amarga entrevista. Aprovechó este momento la infortunada esposa para hacer que su marido tomara sus ropas poniéndose ella las suyas quedando prisionera en su puesto, y Lavalette cubierto con el manto de su esposa y por el pañuelo con que aparentaba enjugar sus lágrimas, pudo lograr salir á la calle auxiliado por el carcelero que iba á pagar su evasión con dos años de prisión.

Ya en la calle subió Lavalette en la silla de manos que había traído á su esposa, encontrando á poco á Bandus que le recibió en su coche y le llevó á su asilo en el ministerio de Estado, en donde estuvo hasta el 10 de Enero de 1816, en cuyo día unos oficiales ingleses le sacaron é hicieron pasar la frontera yendo á refugiarse en Baviera al lado del príncipe Beauharnais.

Cuando se supo su evasión, la duquesa de Angulema furiosa reclamó de su tío castigos y venganzas, pero Luis la calmó diciendo que en estas circunstancias nadie había hecho su deber mas que Emilia Luísa.

Emilia Luísa fué sacada inmediatamente de la cárcel, pero había entrado en ella con su razón, y en el calabozo de su marido la perdió. Cuando Lavalette regresó á Francia en 1822, no abrazó ya más que á una loca rematada, y en este estado vivió hasta 1855, cuando hacía ya años que se había restablecido el imperio y la dinastía napoleónica.

¿Qué era en tanto de Napoleon?

Napoleon como hemos dicho salió de la Malmaison el día 29 de Junio y no llegó á Rochefort hasta el día 3 de Julio, pero no abandonó esta ciudad hasta